

*Minutos y minucias en El libro de las horas contadas de José María Merino*

Tyler Fisher

*Royal Holloway, University of London*

*El libro de las horas contadas* es, hasta ahora, la aportación más innovadora que José María Merino ha hecho a la microficción española. Abarcando setenta y tres cuentos breves cuya longitud oscila entre una y nueve páginas—y cuentos que, en su forma, van desde los que se narran en una frase hasta una novela en miniatura que consta de quince “capítulos”—la antología hace uso de estrategias novedosas al enmarcar y organizar los microrrelatos dentro de la colección. El título del libro aprovecha el doble sentido de *contar*: tanto enumerar, como narrar. Juega también con el modismo *tener las horas contadas*. En esta locución se cifran las circunstancias del personaje principal del libro, el escritor Pedro, que ve sus propias horas contadas al tener prevista una cirugía mayor y un pronóstico poco optimista. Con una sensibilidad exacerbada de mortalidad, Pedro intensifica sus labores literarias, componiendo ficciones peregrinas y fantásticas durante el tiempo que le queda. Las ficciones breves de Pedro y los cuentos que relatan su fantástica vida doméstica y, en su conjunto, forman una especie de marco narrativo, son las piezas que componen *El libro de las horas contadas*.

El título del libro evoca además el nombre genérico de los libros de horas medievales: aquellas pequeñas antologías de extractos bíblicos, letanías, oraciones e himnos que se utilizaban para las devociones privadas. Así como un libro de horas piadoso constituía un conglomerado de piezas breves cuidadosamente estructurado y diseñado para fomentar una lectura sostenida y reflexiva, así también la colección de Merino pide atención a las partes constituyentes, a la par que aviva una consideración de su totalidad unificada. De este modo, Merino realiza el ideal que Cervantes, en el prólogo a *Novelas ejemplares*, expone para un conjunto de ficciones breves, de las cuales se puede sacar fruto “así de todas juntas, como de cada una de por sí.” En *El libro de las horas contadas*, la aparente mezcolanza de textos oculta una precisión arquitectónica en su disposición. Los cuentos que reflejan el presente diegético de Pedro se alternan con pequeñas agrupaciones de minicuentos, que se suponen de la pluma de Pedro. Como guía visual, las fuentes tipográficas *serif* y *sans serif* se alternan para distinguir estas dos categorías de textos. Igual que un salmo particular en un libro de horas medievales, cada cuento en la colección de Merino es potencialmente discreto o discontinuo, pero a la vez interrelacionado con los otros. Se puede leer cada cuento por separado o en relación con el resto de la antología. Por un lado, la naturaleza entrelazada de las narrativas se ve más clara entre las que tratan de las sospechas que Pedro alberga sobre un triángulo amoroso entre él, su mujer y su mejor amigo; los microrrelatos le proporcionan un lienzo sobre el cual puede distorsionar el triángulo de varias maneras y concebir desenlaces diferentes para los asuntos barruntados, mientras que sus acusaciones, aunque presentadas como una ficción literaria, desatan repercusiones reales en sus relaciones personales en el presente diegético. De manera más sutil, Merino elabora resonancias entre fantasías y ficciones a través de las narrativas particulares. Por ejemplo, uno de los minicuentos (miembro éste de una serie sugestivamente intitulada “Anderseniana”) trata de un conferenciante que plantea como hipótesis que si Hans Christian Andersen se hubiera encontrado en una situación parecida, sin duda hubiese inventado un cuento sobre algún amor frustrado entre las botellas de vino sobre la mesa. La hipótesis, en efecto, se desarrolla frente al público de la conferencia cuando

botellas antropomorfizadas misteriosamente se acurrucan y compiten en un vítreo triángulo amoroso que hace eco con el de Pedro.

Merino había experimentado antes con varias técnicas formales y metáforas metaliterarias sobre el propio cuento corto para imponer estructura y coherencia a sus antologías de microficción. Los cien microrrelatos de los *Días imaginarios* (2002) incluyen un relato por cada uno de los meses del año, así como cuentos relacionados con las estaciones y fiestas españolas según el orden calendario. De manera parecida, en *Cuentos del libro de la noche* (2005), Merino organiza narrativas según las horas entre la medianoche y el alba, asignando títulos en forma de horas de los textos dispuestos en intervalos a lo largo de la colección. *Palabras en la nieve: un filandón* (2007) proyecto colaborativo con Luis Mateo Díez y Juan Pedro Aparicio, emplea una de las imágenes preferidas por Merino para la labor microficcional: el *filandón*, reunión invernal tradicional de la provincia de León, en la cual los aldeanos urdían hilos tanto narrativos como textiles. La caracterización de la misma antología como filandón llama la atención a su naturaleza colectiva: despliegue de voces narrativas que presenta y la forma folclórica que los tres autores buscan recuperar. Sin embargo *El libro de las horas contadas* reúne tanto elementos de organización temporal como autodefiniciones metaliterarias de manera más efectiva y apta que en las colecciones anteriores. En este caso, la colección entera se engarza durante el curso de lo que puede ser el último verano de un escritor moribundo, y este contexto permite forjar una representación convincente de recuerdos inciertos, delirio y duermevela—los catalizadores predilectos para lo fantástico en la microficción de Merino. También sirve para hacer coincidir un reparto coherente de personajes reunidos durante temporada de horas compartidas entre amigos y parientes; el consiguiente intercambio de cuentos tanto orales como escritos entre una comunidad de voces constituye la más exitosa aproximación de Merino al ethos de un filandón.

La alusión que hace el título a los libros de horas de la tradición medieval y la evocación de los filandones de antaño representan una dimensión crucial de su arte microficcional. Para Merino, los microrrelatos son a la vez vanguardia y vestigios; forman parte de una moda incisa que incita a la experimentación y también parte de una tradición que abarca los cuentos breves antiguos de la oralidad. A esta cuentística tradicional Merino vuelve en las últimas páginas del libro. No ofrece un final de cuento de hadas, sino cuentos de hadas al final. Los últimos microrrelatos de Pedro animan a su nieta a reimaginar el cuento de Caperucita Roja desde la perspectiva de las abuelas maternas, y a imaginar el tiempo como un palacio físico que requiere mantenimiento. Al final las tensiones del supuesto triángulo amoroso quedan sin resolver y no sabemos si Pedro sobrevive a la cirugía. No obstante, el final imparte un sentido de perpetuación. Por lo que sabemos sobre la capacidad que la misma nieta muestra para la narración creativa, podemos inferir que su participación en este final abierto indica una colaboración activa y rejuvenecedora con los textos de su abuela. Esta implicación sirve como un corolario narrativo del propio arte de Merino: con *El libro de las horas contadas*, Merino queda al frente de la innovación en la hiperbrevedad narrativa mientras apunta hacia las raíces de las narrativas tradicionales.

José María Merino, *El libro de las horas contadas* (Madrid: Alfaguara, 2011), 216 pp.